

I Have a Dream!

Javier de Mendoza

Hoy me he despertado y he mirado a través de mi ventana, desde el confinamiento. No se veían coches circulando y sólo algunas personas enmascaradas caminaban con pasos apresurados en busca de alimentos o a la caza de levadura para hacer tartas caseras o magdalenas. Tampoco se oían aviones surcando el espacio aéreo cercano. Mientras observaba, a mis espaldas anunciaban por la tele que el petróleo se había dejado de quemar y ya se acumulaban millones de barriles en busca de comprador, que la contaminación ambiental y las emisiones de dióxido de carbono habían bajado espectacularmente, desde el balcón se respiraba aire puro, la costa mallorquina se veía todos los días desde las faldas del Tibidabo barcelonés, y en otros lugares de España los toros de lidia pasaban felices y tranquilos en sus dehesas, sin que nadie viniera a pincharles el cogote ante una alegre multitud agitando pañuelos. Cuando bajaba a sacar la basura, oía de nuevo mis pisadas sobre el pavimento, evocando las sensaciones que años atrás me invadieron una mágica noche en Praga sobre el puente de Carlos, en pleno invierno y nevando, que contrastaban con la imagen habitual de ese famoso puente abarrotado de multitudes que había que perforar a golpes de kárate para cruzarlo. Hasta las estatuas parecían aquella noche querer hablar conmigo. Ahora mismo, frente a mi casa, unos graciosos patitos se mueven en familia fuera del cauce de la riera donde suelen permanecer, y he visto imágenes de animales más inquietantes, como jabalíes, cocodrilos e incluso leones deambulando alegremente por las calles y campos de golf de lugares más exóticos. Afortunadamente, en Mallorca lo más exótico que solíamos tener eran grupos compactos de turistas que a todas horas, de forma discontinua, podría decirse que cuantizadamente, emergían de los numerosos barcos de crucero que diariamente invadían nuestro puerto. Ahora, todos ellos, turistas y barcos, han desaparecido.

Ante esta visión idílica, mi primer pensamiento vanidoso fue que todo el mundo había leído mi última columna sobre el petróleo, en la que alarmaba de que un producto que la naturaleza ha tardado 200 millones de años en generar nos lo ventiláramos quemándolo en menos de 200 años. No sólo me parecía ese expolio una

monstruosidad, sino que como químico ponía el acento en la falta de materias primas que se nos avecinaba, para fabricar casi todo lo que nos rodea en nuestra sociedad moderna, incluidos los medicamentos. Pues bien, asomado a mi ventana seguí soñando, en plan Martin Luther King, que por fin el mundo había comprendido, ya tampoco volveríamos a ver quemar petróleo sólo por placer, paseando o viajando a ninguna parte, para entretener nuestro ocio de ciudadanos privilegiados.

Pero continué escuchando y de pronto me caí del guindo o, con más propiedad, me bajé de la parra virtual a la que me había subido. Por la misma tele, las mismas voces empezaron a hablar de “desescalada” y de *nueva normalidad*, de la precaución y prudencia con la que íbamos a tener que convivir. Cuando se lean estas líneas, si todo va bien y la pandemia no repunta, el ruido, el ajetreo diario y los coches habrán vuelto a invadir nuestras vidas. Ya no tendremos muertos diarios que contar. Por cierto, ¿por qué no se dice muertos y muertas, al igual que se habla cansinamente de trabajadores y trabajadoras, ciudadanos y ciudadanas, miembros y miembros (esa me la ha subrayado el corrector), y un largo etcétera? También, ¿por qué, de la misma forma, nadie habla de ladrones y ladronas, de corruptos y corruptas...? En fin, cosas... Retomando el hilo de mi relato, en la *nueva normalidad* se reniega ahora del transporte colectivo, uno de los pilares sagrados de la lucha contra el cambio climático, y sorprendentemente se aconseja el uso masivo del vehículo privado, a ser posible con pocos ocupantes, o sea, más coches. Por tanto, el quemar va a continuar, incluso se va a incrementar... ¡sálvese quien pueda!

Esta columna pretende ser la última de una trilogía sobre cambio climático y futuro de nuestro planeta, tras las dos anteriores que escribí sobre reciclaje y petróleo. Pensaba hablar sólo de explosión demográfica, pero las circunstancias me han hecho comenzar con otra explosión, provocada por un virus, así que seré breve.

Para un químico, una explosión no es más que una reacción que libera energía con una aceleración que somos incapaces de controlar. La proliferación en cadena se ramifica y extiende de forma exponencial y todo acaba estallando, como en una pandemia. Con el aumento de la población mundial ocurre algo parecido. Cuando yo era niño, me hablaban de París, Londres o Nueva York como ejemplos de ciudades gigantescas, con millones de habitantes. Hoy en día el número de ciudades con más de diez millones es superior a 35. Sumamos ahora unos 7.500 millones en el planeta, y el crecimiento se puede seguir en tiempo real a través de la red (<https://countrymeters.info/es/World>), aunque da una cierta angustia entrar en esa página. En el supuesto inimaginable de que la pandemia de coronavirus se cobrara 1.500 millones



J. de Mendoza

Catedrático jubilado de Química Orgánica
(Universidad Autónoma de Madrid).
Profesor Emérito, Instituto Catalán de Investigación Química
(ICIQ, Tarragona).
C-e: jmendoza@iciq.es

de vidas humanas (la famosa y mortífera gripe española de 1918 acabó con la vida de *sólo* 40-60 millones, y en la segunda guerra mundial murieron hasta 100 millones, según las cifras más pesimistas), nos quedaríamos en una población de 6000 millones, más o menos la que teníamos hace... 20 años.

Con toda seguridad, tras la actual pandemia habrán muerto muchísimos menos que esas increíbles cifras del ejemplo. Siempre han existido virus, y otros seguirán emergiendo en el futuro. Cuando no se sabía nada sobre virus, bacterias y demás patógenos, las epidemias eran tremendamente mortíferas, pero acababan desapareciendo o estabilizándose por la inmunidad generada y la consecuente ausencia de víctimas cercanas. El Covid-19 no es un virus mejor ni peor que los demás, ni es maligno ni tiene cerebro, se limita a proliferar donde le dejan. Una diferencia, no menor, con respecto a otros es que se propaga con rapidez, al invadir inicialmente de forma asintomática, lo que ha provocado el colapso de los sistemas sanitarios de todo el mundo, como cuando una muchedumbre presa de pánico pretende salir de un estadio o un lugar cerrado ante una emergencia. El lenguaje belicista con el que muchos dirigentes nos animan a luchar y no rendirnos, a acabar con el monstruo invasor, puede resultar útil porque estimula nuestras conciencias como sociedad, despertando sentimientos de empatía y solidaridad, pero tiene poco de científico. La experiencia del Covid-19 nos debería hacer reflexionar y contribuir a cambiar algunos paradigmas de nuestra civilización. Pero al resto de seres vivos, como conjunto, les tiene sin cuidado si no lo hacemos (por una vez, yo soy de los pesimistas), desde el punto de vista de la biología no pasará casi nada, simplemente el coronavirus acabará con muchos, mayoritariamente quienes somos más viejos, quizás algo antes de lo esperado. En definitiva, no sabemos de nadie que no acabe muerto. La vida sin la muerte no tiene sentido, la evolución se basa precisamente en eso.

Con respecto al futuro del planeta, creo que los científicos somos bastante responsables de lo que le ocurra. Nos desenvolvemos en esferas cerradas, cada vez más crípticas para quien no sea especialista en su propio tema. Yo no soy capaz de entender los artículos de mis colegas de áreas incluso cercanas a mi campo científico. Pues si eso pasa entre nosotros, ¿qué podremos decir en cuanto a nuestra relación con el resto de la sociedad? Los ciudadanos corrientes conocen cada vez más cosas, aunque sea superficialmente. Dejando a un lado el que el hombre más poderoso de la Tierra diga de pronto que el virus se cura tomando desinfectante, es evidente que la pendiente del conocimiento ciudadano va creciendo, pero de forma mucho más lenta que la pendiente del conocimiento científico. El resultado es que la diferencia (*gap*) entre el conocimiento de la sociedad y el de los científicos se acrecienta día a día. Si deseamos que ambas

pendientes no sigan alejándose, el camino de la ciencia hacia al pueblo parece más fácil de transitar que el del pueblo hacia la ciencia. Por tanto, ese camino lo deberemos recorrer sobre todo los científicos.

Y en relación al problema demográfico, resulta una obviedad que nos tendríamos que reproducir menos. De otra forma, la naturaleza hará su trabajo. La falta de recursos, de alimentos, las guerras convencionales o nucleares y las epidemias llevarán a un nuevo equilibrio. Seguirá lloviendo y el sol continuará saliendo todos los días, a lo largo de los siglos hasta que nuestra estrella se enfríe finalmente, dejando paso a otras más jóvenes. El control poblacional parece sencillo en el primer mundo, sin hacer nada ya nacen cada vez menos niños y nuestros países crecen en habitantes esencialmente por la inmigración. Tampoco parece que el largo confinamiento de estas semanas/meses, rodeados de mascarillas, guantes, geles, separaciones de dos metros, saludos con los codos, ordenadores, series televisivas y juegos electrónicos, todo aderezado de angustia material y económica, vaya a tener como consecuencia un *baby boom* como el que ocurrió tras el apagón de Nueva York de 1966. Más bien se intuye que lo que acabará creciendo será el número de divorcios. Por el contrario, en los países pobres superpoblados el control demográfico resultará muy difícil, y de hecho permanece como un problema gigantesco en China, a pesar de su férrea política sobre natalidad.

Es ahí donde deben concentrarse los esfuerzos de los países ricos. Los científicos (todos) deberíamos salir más de nuestra burbuja, poniendo pie en tierra y explicando constantemente, de forma sencilla pero rigurosa, los avances que se van produciendo y los descubrimientos que vamos haciendo. Una sociedad informada y educada es una sociedad fuerte, preparada para ganar batallas y resolver problemas globales. Los gobernantes que han informado a la población de forma sincera y precisa sobre la evolución y consecuencias de la pandemia están sacando mejor a sus países de la crisis. Muchos de ellos gobernados por mujeres, digamos de paso, pues para situaciones límite no parece que la testosterona sea el mejor remedio. En la famosa serie *Cosmos* (famosa y añorada, la podrían repetir de vez en cuando, como hacen con *Verano Azul*), Carl Sagan introducía en su ecuación sobre el número de planetas habitados "el haber sobrevivido a su propia tecnología". De momento, no parece que el nuestro llegue a formar parte de ese grupo selecto, pero la salida del encierro nos brinda una nueva oportunidad.

Y así pasan los días, y yo desesperando, y tú, tu contestando, quizás, quizás, quizás...

JAVIER DE MENDOZA

Catedrático jubilado de Química Orgánica (UAM)
Profesor Emérito, Instituto Catalán de Investigación Química
(ICIQ, Tarragona)